

FESTIVAL DE MÚSICA ELECTRÓNICA | LA INAUGURACIÓN



MAITE CRUZ

►► El músico japonés Ryuichi Sakamoto, ayer en el Auditori manipulando el sonido ante la concertino y los primeros violines de la OBC.

Sakamoto capitaliza el riesgo sinfónico del Sónar con la OBC

El Auditori acoge con ingenuo entusiasmo el experimento de la orquesta

JOAN ANTON CARARACH
BARCELONA

➔ Aplausos por aquí y por allá, desconcierto general cuando los músicos de la orquesta empezaron a desfilar hacia los camerinos. Un público poco habituado a los protocolos sinfónicos todavía no se había dado cuenta de que el concierto inaugural del Sónar había terminado, de que tocaba dejar paso a la segunda sesión de la obertura del festival electrónico, en comandita con la Orquesta Simfònica de Barcelona i Nacional de Catalunya (OBC). El experimento puede abrir líneas de colaboración provechosas en el futuro, pero deberá afinarse mucho para ofrecer alicientes más cuajados respecto a lo que ayer se pudo escuchar y ver en el Auditori.

¿Habrá ganado nuevo público la OBC entre la cohorte de aficionados

a la *estética Sónar*? ¿Alguno habrá descubierto, cual Pablo Camino de Damasco pero con chancas y bolsita de diseño en ristre, que el instrumento más poderoso que existe se llama orquesta y que tiene una al lado de casa que, además, se paga entre todos los catalanes? Éste era el gran reto, y ojalá fuera así; al menos, pese a una cierta frialdad o desconcierto generalizado, el público despidió a la OBC con una euforia tan inocente como asimismo inhabitual en los auditorios clásicos.

La conjunción entre electrónica y orquesta sinfónica tuvo dos momentos notables, inspirados: las intervenciones de Ryuichi Sakamoto, mucho más acostumbrado que sus colegas a lidiar en términos estrictamente musicales, y los arreglos del director barcelonés Pedro Alcalde a partir de la pieza *Vaihtovirta* del dúo finlandés Pan Sonic.

Sakamoto intervino sobre el segundo movimiento de la *Sinfonía número 9* de Antonín Dvořák, un hermoso y melancólico *Largo* al que añadió una voz iraquí y un sutil toque atonal al piano que despistó a más de un solista de viento tanto en la afinación como en el ritmo (despistes que regresaron a sus cauces con la intervención de la flauta), y

LA CONJUNCIÓN CON LA MÚSICA CLÁSICA NO ACABÓ DE CUAJAR

sobre el primer movimiento, *Allegro*, del *Concierto de Brandemburgo número 1*, que el músico japonés retocó con lúdica alegría, añadiendo sonidos juguetones —siempre muy atento a la batuta de Ernest Martínez Izquierdo— alrededor de la articulación barroca de la música de Johann Sebastian Bach.

En el arreglo de *Vaihtovirta*, Alcalde optó por multiplicar la textura oscura, grisácea y tenuemente triste, de lo que uno supone que debe de ser el original de Pan Sonic, incluida una complicadísima parte para percusión. Fue, sin duda, la pieza mejor trabajada, además del único matrimonio entre la música o los sonidos propuestos por los invitados del Sónar y sus anfitriones sinfónicos.

Menos inspiradas fueron las lecturas del primer movimiento de la *Suite escita* de Serguei Prokofiev a cargo de Pan Sonic y las dos obras escogidas para Christian Fennesz, el artista «más esotérico», informaba el programa, de una discográfica, Mego, que «parece apostar por un catálogo aún más extraño». Caramba; uno más bien tuvo la sensación de estar escuchando música sinfónica (Michael Torke y John Adams) en una radio con interferencias. ●